

El experimento fallido

Erling Bradley Espinoza Sánchez

Había una vez, un laboratorio denominado 001, un lugar misterioso donde se llevaban a cabo tanto experimentos como proyectos de robótica. El equipo estaba formado por tres jóvenes: Octavio, especializado en mecánica; Demian, experto en programación; y María, ingeniera electrónica.

Una mañana, el trío se dispuso a ensamblar un nuevo tipo de robot, con capacidad de aprendizaje autónomo. Tras varias horas de unir circuitos y ajustar, llegó el momento de la prueba de encendido. El robot cobró vida... y enseguida se bloqueó por completo.

–Debe ser un error en el algoritmo –dijo Demian, mientras examinaba el código en su portátil.

–Reiniciémoslo –propuso Octavio, apretando el botón de "reset".

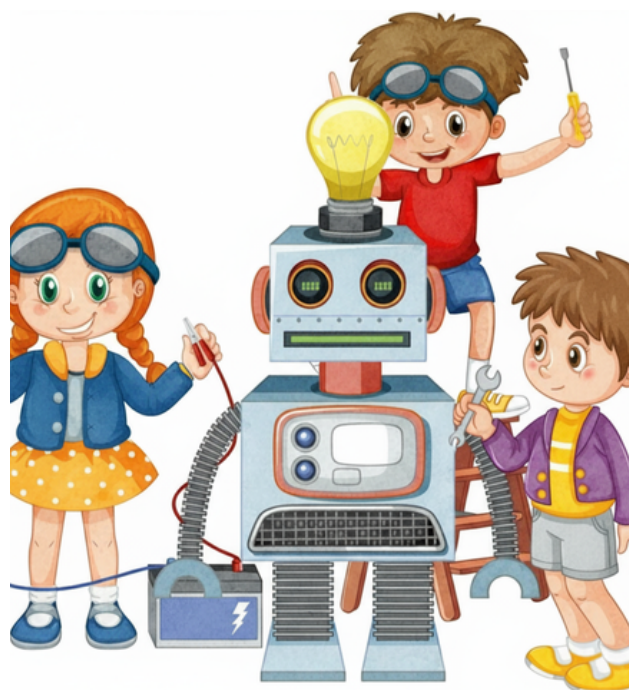
Pero, tras cada reinicio, el modelo volvía a quedarse inactivo. Con el gesto arrugado, María comprobó las conexiones eléctricas y aseguró que todo estaba en orden. A pesar de sus esfuerzos, el robot no reaccionaba.

–Creo que hoy no va a funcionar –suspiró Octavio, obediente–. Mejor lo destruimos y lo usamos como repuesto.

Decididos a abandonar el experimento, empujaron al robot hacia un rincón del taller. Lo dieron por irrecuperable y se marcharon a casa.

Sin embargo, al día siguiente, Demian regresó antes que sus compañeros, para revisar unos ajustes en el código. Al pasar junto al robot "descartado", lo vio moverse lentamente: sus luces parpadeaban y daba pequeños pasos hacia la puerta del laboratorio.

Intrigado, lo siguió con cuidado, manteniendo una distancia prudente. El robot recorrió el pasillo que conducía al antiguo sector de pruebas y, de pronto, se detuvo frente a una vieja máquina. Allí, se inclinó levemente –como si examinara la pieza– y emitió un suave zumbido mecánico.



Demian intentó reactivarlo con su tablet, pero la pantalla no respondía: la unidad principal había perdido la sincronización.

Desesperado, trató de abrir el panel de control para reparar la conexión, pero el robot retrocedió un paso y su brazo metálico quedó castigado en un mecanismo desajustado. Al instante, un chispazo denunció que el daño era grave. Aunque Demian logró liberar la pieza, el robot soltó un pitido y sufrió un fallo.

Con pesar, Demian comprobó que aquel modelo, que había cobrado vida solo unos minutos, ya no podía volver a funcionar correctamente. Avergonzado, convenció a Octavio y a María de que, pese al decepcionante resultado, aquel "experimento fallido" les había enseñado algo fundamental: la robótica, al igual que la ciencia, necesita paciencia, perseverancia y la capacidad de aprender de los errores.

Y así, en el laboratorio 001, los tres investigadores tomaron nota de cada dato recogido y prometieron volver a intentarlo muy pronto. Fin.

Enlace para votar: <https://forms.gle/XfoVHYqfzwWdS9fm6>